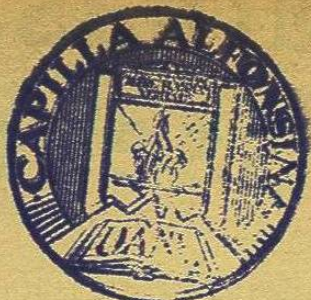


843  
S.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PQ 2611

E8

CC8

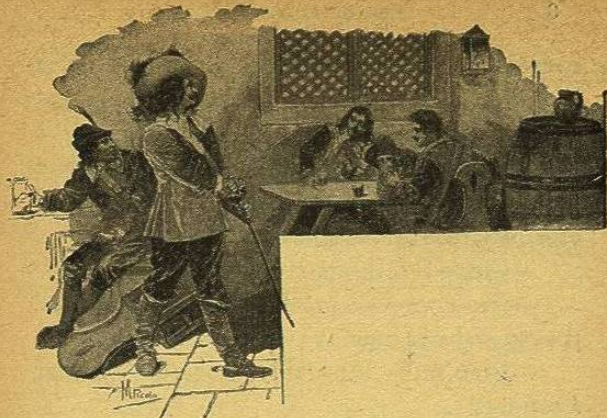
N.2

Esta obra es propiedad.—La  
presente edición se publica de-  
bidamente autorizada.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Centro Gráfico Artístico, Rda. de Conde Duque, 3.



## VIII

### Después de la fiesta.

Dos días después de la aventura narrada en el precedente capítulo fué cuando los dos inseparables estuvieron en *La Cueva Hedionda*. Inútil es decir que el *Ballena* no había vuelto á reaparecer por los alrededores del palacio de Nevers, y ya sabemos que al siguiente ocurrió su encuentro con las artistas de la Ópera.

Después de aquella noche Cocardasse y Paspoil se dirigieron á su morada, del brazo y



comentando alegremente las peripecias de la lucha, de la cena y del festín con que los obsequiaron por vencedores.

—Un combate en regla. Petronila no se portó del todo mal. En rigor, ¿a cuantos de esos mandrines hicimos morder el polvo?

—Cinco ó seis, creo.

—¡No eran poco presumidos esos belitres! ¡Les gustaba lo bueno!

—Eran unos miserables cobardes. ¡Atacar á señoras!...

—Y se prometían una fiesta...

—Que no ha sido para ellos, mi noble amigo.

—¡Te aseguro que no tengo sed! ¡He bebido bien!

—¡Ay! ¡Ojalá se nos presente nueva ocasión de salvarlas!

—¡Voto á Dios! No tengas cuidado: puede ser que se presente.

—¡Amén!

—¡Vive Dios! Ó es muy tarde, ó muy temprano. No se ven estrellas.

—Se han quedado allá.

Y el normando exhaló un suspiro. Llegaron sin decir más palabra de interés á la puerta del palacio, entonces volvieron en sí.

—¿Qué dirá el Marqués?—insinuó Passepoil.

—¡Mal pecado! ¡Mejor harías en preguntar qué vamos á decirle!

No habían pensado en ponerse de acuerdo, y se hallaban perplejos. Se hacía de día. Por todas partes los tenderos abrían sus establecimientos y los vecinos las ventanas, y ellos estaban ante la puerta firmes é indecisos como escolares que llegan tarde y no se atreven á entrar. En esto abrieron, y Laho asomó la cabeza y los vió:

—¡Calle! ¿De dónde venís á estas horas? Hace mucho rato que M. de Chaverny preguntó por vosotros, y se halla muy inquieto.

—¡Cuernos de Lucifer!

—¡Tripas de ciervo!

—Os aguarda con impaciencia, y me ha dado orden de llevaros á su habitación en cuanto regresarais. ¡Vamos!

Los diestros, rascándose las orejas y sin hallar respuesta satisfactoria á las preguntas que habían de dirigirles, siguieron al vasco. El Marqués estaba aún en la cama y se incorporó al verlos.

—¡Ah, por fin! ¿Sabéis que me habéis hecho pasar una pésima noche, temiendo que os hubiera ocurrido algo desagradable? Deseaba con gran ansiedad que se hiciese de día para averiguar qué era de vosotros. ¿Os ha ocurrido algo malo?



—¡Cuernos de Satanás! ¡Todo lo contrario!

—Bueno. ¿Y qué habéis hecho?

Los dos hombres se miraron sin responder.

—¿Qué hay? ¿Habéis visto al enemigo?

—¡Oh, no!—dijo el sensible normando.

Chaverny los miró con socarronería.

—¡Vosotros me ocultáis algo, buenas piezas! Si no habéis visto nada, es que no habéis buscado.

—¡Oh, sí!—afirmó Passepoil.

El Marqués perdía la paciencia. Conociendo á los diestros y sabiendo que del normando no sacaría nada en limpio, dirigióse al gascón, que era parlanchín, y en cuya mirada se descubría que no tenía aún la cabeza muy firme por efecto de las libaciones.

—Bueno; quiero hechos. Habla tú, y si no dices la verdad, te juro que no os dejo salir de casa ni de día ni de noche.

—Ya que os empeñáis, vais á saberlo todo, y os reiréis, ¡sangre de Cristo!

Por más que Passepoil le dió con el codo, Cocardasse se había decidido á decir la verdad, y empezó así:

—Bueno; pues íbamos hacia la *Granja Batelera*, y tropezamos con la Ópera.

—¿Qué me dices?

—La verdad; tan cierto como es de día

¡Mal pecado! Aunque estaba cerrada la Ópera como vos decíais, anoche vimos la Ópera.

—¿Acabarás de explicarte de una vez?

El gascón se explicó, y Chaverny concluyó por reirse.

—¡Pardiez! ¡No os aburrís vosotros, no! ¡La habéis corrido en grande! Pero el caso es que habéis hecho cosa muy distinta de la que debíais hacer.

—Es verdad; pero lo que no hicimos anoche podemos hacerlo ésta.

—¡Ah! ¿Creéis que vais á pasar todas las noches fuera de casa?

—No todas, señor Marqués; pero los hombres de espada ya viejos como nosotros acostumbbran no dormir sino una noche de cada cinco. Si el pichón estuviese aquí, os lo diría.

—¿Eso significa que debo dejaros que hagáis lo que se os antoje?

—¡Mal pecado! Esa es mi opinión, y no será éste quien me desmienta. Si pudiéramos disponer de las noches...

—Volveríais á la *Granja Batelera* para buscar en el camino la Ópera.

—¡Oh! ¡Todos los días no son de fiesta!

—¡Oh, no!—murmuró Passepoil alzando la vista al techo.

—Pero decía bien el señor Marqués...



—¿Y qué decía el señor Marqués, Cocardasse?—preguntó Chaverny.

—Decíais que iríamos á la Granja Batelera.

—Á recibir una estocada.

—¡No hay cuidado! Es probable que hablen los aceros; pero daremos más tajos y estocadas que recibamos, y entre los que las reciban figurará algún enemigo de Lagardère.

—Bueno; sea. Id adonde queráis. Pero sobre todo, guardad el pellejo.

—¡Mal pecado! Si el pellejo de los demás no tuviera que temer más que el nuestro, creo firmemente que los cementerios serían inútiles, Dormid á pierna suelta, señor Marqués: Cocardasse y Passepoil no perderán los suyos.

Chaverny volvió á dormirse, y los diestros se retiraron encantados del resultado de aquella visita, que les dejaba ver para lo porvenir tan amplios horizontes.

—¡Vive Dios! ¿No te parece que hemos salido bien librados?

—¡Qué hermosa y grande es la palabra, mi noble amigo!

—¿Á quién se lo cuentas? Si no fuera diestro, hubiera querido ser orador. Lo único malo que tiene ese oficio es que da mucha sed.

Y arrastró á su compañero hacia la cocina, en la cual la señora Francisca los reconfortó con sendas tazas de caldo.

—¿Quedamos en que esta noche vamos?—preguntó Amable.

—¡No hay más que hablar!

Ambos quedaron satisfechos, pero un poco perplejos al pensar en el recibimiento que iban á hacerles. El que más se preocupaba de ello era el normando, acordándose de que había prometido á la hostelera ir el día anterior. Tales fueron sus cavilaciones, que se las comunicó á su colega, cuando éste no pensaba en semejante cosa.

—No tengas miedo. Pon algunos escudos de seis blancas en tu bolsillo, y la verás dulce y amable como un cordero. Me das lástima cuando te veo olvidar que al hombre se le inmoviliza con el acero, y á la mujer con la plata.

—Tienes razón, mi noble amigo. Pero ¿no te parece que debiéramos irnos á dormir una ó dos horas?

—Cómo quieras por tu parte. Por la mía prefiero ir á beberme una botella con el amigo Berrichón á la salud de su respetable y simpática abuela.

—¡No, no!—protestó ésta.—¡Largo de la cocina, maese Cocardasse! ¡Demasiado es ya que enseñéis al pequeño á matar á la gente, á su prójimo! ¡No vayáis á hacerle también borracho!

—¡Mal pecado, señora! El hombre ha naci-



do para manejar los hierros y apurar botellas.

Pero Francisca no se dió á partido, y los echó de la cocina.

Todo el día lo pasaron como almas en pena, esperando con febril impaciencia que se hiciese de noche.

## IX

**Pesquisa nocturna.**

Precedamos un poco á los dos valientes para explicar lo ocurrido la noche anterior en las dos tabernas *La Cueva Hedionda* y el *Mesón de los Sacamantecas*, pues no fué sólo en el primero de esos figurones donde velaron en honor de los diestros.

En cuanto se fueron de la *Cueva* la figonera tuvo como la intuición de que no volverían, y se lamentó por el dinero que hubiera podido sacarles. Se comprende el interés y la ansiedad con que aguardaba á Passepoil.

Ibo de Luján y Rafael Pinto tenían otros motivos de ansiedad. Ya sabemos que se concertaron con Gendry y el *Ballena*.

Este último se había retirado del comercio en vista del mal resultado obtenido vendiendo almendras dulces, y tenía otro resentimiento más contra los dos diestros por haberle impedido castigar al pícaro pillete de Juan María, como hubiera deseado.

Así, pues, la hostelera quería la bolsa de los dos diestros, y la banda de Gualter, su vida.

Al anochecer de aquel día las dos parejas de bandidos penetraron en los respectivos figones.

—¡Cómo! ¿No han llegado todavía nuestros camaradas de ayer?—preguntaron.

—Aún no es hora—respondió la tabernera.

—Cierto; pero esperábamos que se adelantarían, y habíamos pensado en convidarlos á cenar con nosotros.

—¡Voto al chápiro!—añadió Pinto.—¡Con tal que no falten! Mi bolsa está vacía, y necesito ganarles algunos escudos.

—¡Eh, poco á poco!—interrumpió ella.—Yo soy la primera en el juego, y si se les gana algo, será para mí.

—¡Ya lo arreglaremos, hermosa! Mientras tanto servidnos de cenar, y sacad abundante vino, pues Cocardasse al llegar tendrá mucha sed.

Pasó una hora larga, durante la cual los jóvenes menearon las mandíbulas con la supe-



rioridad que da un apetito de veinte años. Los diestros no llegaban. La figonera hacía centinela perpetua, yendo de su silla á la puerta. Los jóvenes, aunque jugaban á los dados, parecían igualmente inquietos y no muy atentos á la partida. Al cabo de un rato Ibo salió un momento, y acercándose al figón vecino dió un silbido. Salió Gualter:

—¿Llegaron?—preguntó.

—Ya no deben de tardar.

—¿Quedó bien decidido que volverían esta noche?

—Sin duda alguna.

—No te olvides de emborrachar á Cocardasse; y si puede ser, á los dos. Y, ya lo sabes, cuando salgáis haz la señal. Aguardamos.

—¡No vendrán!—decía la figonera.—¡Pues que tenga cuidado ese Passepoil si ha querido burlarse de mí!

—Cierto—dijo irónicamente Pinto.—¡Sería imperdonable! Cuando cualquier mortal ha conquistado los favores de Venus, es un crimen despreciarlos.

—¡Cállate, mocosó! ¡Mis favores los conquistará alguien que valga más que tú!

Abrióse la puerta en aquel momento, y entró un hombre envainando la espada; su aspecto y su cara no eran nada tranquilizadores. Pinto le preguntó qué le sucedía.

—Nada—repuso el recién llegado, mirándole de alto á bajo.—Ó por lo menos, á ti no te importa.

Se sentó en un rincón y gritó:

—¡Dadme de beber! ¡Pronto!

—¡Oh, oh! ¿Qué tono es ése, amigo? Hay que pedir con más cortesía en mi casa. Ante todo, ¿tienes dinero?

—Dinero, no; pero tengo oro que no ha pasado por la Casa de la Moneda.

Y sacó del bolsillo una cadena de oro de señora, la hizo saltar en la mano y añadió:

—Mira. Sobra con qué pagar lo que pueda beberme en toda la noche, y mañana podrás lucirla en el cuello.

La figonera quiso examinarla; el hombre dijo con burla:

—¡Fuera las patas! La tendrás cuando haya satisfecho la sed.

—¿Dónde ía has robado?

—¿Y á ti qué te importa?

La tabernera se plantó en jarras ante el desconocido.

—¡Nada de tonterías! Acabas de robar eso, y no lejos de aquí. Quiero saber lo que sucede en los alrededores de mi casa, aunque sólo sea por distraerme, ya que nunca pongo los pies fuera de ella.

—¡Haber ido á verlo!

Tomo II



—¿Para qué? Dime tú lo que has visto.

—Yo no he visto nada.

—¡Á mí con esas! No creo que llevarás desnuda la espada para cascar nueces.

—Te digo que no he visto nada, porque estaba muy oscuro. Dejame en paz, ó me largo á otra parte. Cuando este cura no quiere hablar, no eres tú, comadre, la que ha de desatarle la lengua.

—¡Error profundo!—replicó la figonera; y con un movimiento brusco é imprevisto se apoderó de la espada del malandrín.

Una vez desarmado, le apuntó á la sien con una pistola.

—¡No serás el primero ni el último á quien he desatado la lengua! ¡Tengo muchos medios para hacer hablar á la gente! ¡Así, pues, habla antes de que me vea obligada á recurrir á ellos.

Luján y Pinto asistían impasibles á la escena. Las sirvientas, reunidas en torno de su señora, y aunque acostumbradas á sus maneras expeditivas y guerreras, no pudieron menos de aplaudir.

—¡Míralas!—dijo la capitana mostrando á los viragos!—Son mi cuadrilla, que puede presentarse ante cualquiera otra. ¡Se necesitan muchos hombres, y bravos, para dominarlas! ¡No te queda más recurso que hablar, si no quieres pasar un mal rato entre sus garras!

El bandido quiso esquivarse; una de las mujeres le vió, y cerrándole el paso le dió en el pecho un tremendo topetazo, que le hizo rodar al suelo.

—Me alegro: eso te enseñará á ser dócil.

—No hablaré. No se quiénes son éstos.

Y señalaba á los jóvenes, que se echaron á reir. Pinto repuso:

—¡No tengas cuidado! No somos alguaciles ni sayones. Quizás nos interese lo que cuentas. Pero bebamos primero.

Ante el jarro del vino, y después de apurar dos vasos, el malandrín se decidió á hablar, y contó el golpe preparado contra las actrices de la Ópera y la intervenció de los dos diestros; «dos demonios», decía él, que habían matado á cinco de sus compañeros. Pinto y Luján se miraron.

—¿Cómo eran esos hombres?—preguntaron casi al mismo tiempo.

—Uno de ellos era un jayán que lanzaba terribles juramentos y sólo hería en el corazón ó en la frente.

—¡Cocardasse!—murmuró Pinto al oído de su compañero.

—Y el otro no valía menos. Á pesar de ser una especie de alfeñique, se mantenía firme y manejaba los hierros con primor.



—¡Passepoil!—murmuró Luján al oído de Pinto.

—No sé quiénes eran, ni tengo ganas de averiguarlo. Supongo que no volveré á verlos en mi vida, porque...

La figonera le puso una mano en el hombro: también ella adivinó quiénes eran aquellos hombres.

—¿Qué quieres decir?

—¡Cáspita! Ellos han dado buenas estocadas; pero no son de estuco, y han debido de recibir bastantes. No sería extraño que en estos momentos estuvieran entregando su alma al Diablo.

—¡Canalla!—exclamó la tabernera.—¡Si les ha sucedido algo malo, tú pagarás por todos!

—¿Qué? ¿Los conocéis?

—Estamos esperándolos hace más de dos horas. ¡Lástima que no os hayan ensartado á todos, á ti el primero!

—¡Ah; eso no! Al contrario; me felicito por mí y por ti, pues si no hubiese escapado vivo no habría podido contarte lo sucedido, lo que no les impediría haber sido heridos ó muertos, si lo están.

—Eso es lo que vamos á ver. Tú vas á guiarnos. ¡Dame la cadena!

—Dispensa. No he bebido bastante.



¡Dame la cadena pronto, ó te salto la tapa de los sesos!



—¡Dame la cadena pronto, ó te salto la tapa de los sesos!

El bandido vió que tenía que obedecer, y la cadena del cuello de Cidalisa pasó á manos de la figonera. Ésta dió un farol á Pinto, y salieron. Luján se esquivó un momento para dar cuenta de lo que sucedía á Gendry, quien decidió reunirse con ellos, acompañado de el *Ballena*, y como por casualidad, en el lugar del suceso.

Antes de salir tras el bandido y Pinto, sin dejar de empuñar la pistola, la tabernera dió órdenes á sus criadas:

—Preparad camas; dos de vosotras seguidme. Si no están más que heridos, los traeremos aquí.

Un cuarto de hora después tropezaron con un cadáver.

—¡Uno!—dijo la figonera después de examinarlo.—Pero no es de los que buscamos.

El suelo estaba resbaladizo con el lodo mezclado de sangre.

—¡Otro! Pero tampoco es.

—No; es un compañero. Debe de estar herido en la frente.

—¡Admirablemente trabajado!—exclamó la mujer.—El que dió esta estocada debe de estar acostumbrado á despachar gentileshombres sin detenerlos sus coletos ni sus *pergaminos*.

Encontraron hasta cinco cadáveres; pero en vano buscaron más cuerpos por los alrededores.

—¡Holal! ¿Qué buscáis, camaradas?—preguntó una voz detrás de ellos.

Era Gendry, que llegaba con el *Ballena*. La hostelera los miró desdeñosamente.

—¿Qué queréis vosotros?

—¡No os atuféis, madrecita! ¿Habéis perdido á algún amigo? Si necesitáis nuestros servicios, estamos á vuestra disposición.

—No necesitamos á nadie.

Pero Gualter no la escuchaba, y se hacía narrar por Luján lo ocurrido.

—¿Quiere decir que faltan dos á la lista?

—Sí; Cocardasse y Passepoil.

—¡Cómo! ¡Si son amigos! ¡Poco que nos queremos! ¡Busquemoslos!

Y registraron minuciosamente los alrededores. Hubiera dado algo bueno el ex-sargento por hallarlos en tierra heridos ó moribundos, cuando menos á uno de ellos. Pero nada.

—Se me ocurre una idea—dijo de pronto el bandido.

—¿Y á qué esperas para hablar?—exclamó la mesonera.—Veámosla.

—Si estaban heridos, las damas por las cuales expusieron la vida se los habrán llevado en las carrozas. Es inútil buscarlos.



La mujer reflexionó un momento.

—Tienes razón—dijo al cabo.

Y luego con su tono brusco, casi feroz, murmuró:

—Con todo, yo hubiera querido cuidarlos, por mí misma.

—No añadió que el interes principal que la guiaba era el de la ganancia.

Gualter asentía á la opinión general; pero no pudo resistir á la comezón de poner las cosas en relación con sus puntos de vista.

—Puede ser muy bien lo que dices—murmuró;—pero es lo más fácil que si estaban mal heridos hayan muerto en el camino.

Comentando tal hipótesis volvieron al figon. Por el camino Gendry no dejó de hacer el panegírico de los dos diestros, lamentando la suerte de sus queridísimos amigos. Al despedirse de la mesonera le ofreció enterarse de lo que hubiera acaecido á Cocardasse y Passepoil y darle cuenta de lo que averiguara. Luego se marchó seguido de el *Ballena* y aparentando gran aflicción.

Así tuvieron su elogio fúnebre los dos diestros á la hora en que nuestros amigos cenaban alegremente con Cidalisa, la Nivelle y demás bellas y amables artistas salvadas por ellos de las garras de los malandrines.

## X

## En el figon

—Va á hacer una noche magnífica—decía Cocardasse á su alter ego al salir de París por la puerta de Richelieu.

—La noche es propicia al amor—repuso Passepoil.

—¡Déjame en paz con el amor! ¡Eso no es propio de hombres serios!

—Dispensa, mi noble amigo. No creo que vayas á regatear seriedad á nuestro señor el noble Lagardère, y ya ves que por el amor ha luchado y removería el Cielo y la Tierra. Pues ¿y el marquesito de Chaverny?

—¡Redobla, redobla, dame matraca con la lengua! Eso no impide que sea ridículo cuanto dices. ¿Qué vas á comparar al pichón ó á M. de Chaverny con un viejo mono como tú?

El normando se sintió ofendido; pero se contuvo y dijo simplemente:

—¡Cada cual con su tema! Sobre este punto nunca estaremos acordados.

—Tienes razón, pequeño; cada cual con sus ideas.